

Cumplir veinticinco años

Queremos dedicar este número de *Sinite* a nuestra propia casa. Que no todos los días se cumple veinticinco años y demasiados silencios tiene la vida como para permitirnos el error de callar ahora.

Queremos decirnos nuestro recuerdo y nuestro proyecto. Por eso, porque la mejor programación es el aprendizaje de la historia pasada, queremos hablar de nuestro proyecto mientras nos decimos nuestro recuerdo.

UNA CIRCUNSTANCIA SIGNIFICATIVA

Si podemos dividir los últimos cuarenta años de la historia de nuestro país en dos períodos, habrá de ser poniendo en quicio los años 55.

Se puede, en efecto, interpretar que los primeros quince años fueron tiempos más de sufrimiento y de esfuerzo que de promoción o desarrollo. Fueron probablemente años de normalización de la institución pública, indebidamente alargados por la penuria de medios y por el dirigismo-represión oficial, amén del aislamiento del resto del mundo.

A mitad de la década siguiente las cosas empezaron a mostrar síntomas diferentes. Dos, sobre todo: el comienzo de la curva ascendiente en el número de estudiantes y el comienzo también de la carrera industrial de los años sesenta.

En estos tiempos la sensación de bienestar público permitió que las instituciones escolares en concreto conocieran un auge consi-

derable en las manos de la iniciativa privada. Se trataba, por lo demás, de un fiel reflejo del auge industrial en manos también privadas. Se diriría en estos tiempos el Estado fue como un testigo mudo o no excesivamente dirigente de un desarrollo de la libre iniciativa privada.

En estos momentos, lógicamente, el quehacer de las congregaciones religiosas docentes debía estar en horas altas en cuanto a su consideración social. Cumplían de hecho un papel que la opinión pública todavía no les ha reconocido, parte por no haberlo acabado de ver, parte por interpretaciones tendenciosas buscadoras no de la fidelidad histórica, sino de su propio medro inconfesado.

Creemos que no se trató simplemente de una enorme laboral para gentes de clase social media y baja. Tal vez hubo mucho más de ello en tiempos anteriores: en éstos, en cambio, sin negarse del todo este componente debemos anotar como mucho más decisivo el de la prestancia y la categoría sociales de una función reconocida y eficaz.

Junto con este desarrollo de las congregaciones docentes, como un fenómeno paralelo, España conoció otro: la primera gran entrada desde hacía muchos años del pensamiento de allende los Pirineos.

Nos llegó, así, fundamentalmente una concepción pragmática y realista, no exenta de un cierto idealismo, que se llamó bastante informemente el pensamiento existencialista. En las manos de este pensamiento fueron poco a poco remodelándose nuestros modelos humanistas, tal vez más en la calle que en los ambientes académicos.

Y nos llegó también el pensamiento religioso dominante en Centroeuropa. Eran los tiempos del preconcilio, encendidos por la euforia de la exactitud del análisis existencialista y por la urgencia evangélica de compromisos visibles y eficaces.

Estos dos fenómenos no fueron masivos hasta los años 65-70, ya después del Concilio. Pero antes, en torno a los primeros sesenta, estaba ya bien vivo y animado por una especie de mesianismo de la novedad. Fueron tiempos de sintetizadores más entusiastas que originales, tal vez incluso más racionales que encarnados en la realidad de su propia tierra. Los profetas de la época fueron gentes ardorosas, escasas, extrañadas, eficaces y sonoras.

POR DEBAJO Y DESPUES DEL DESARROLLO

La primera y fundamental cosa que se nos asoma en esta consideración de los años pasados es justamente el proceso que atraviesa no solamente España, sino todo el mundo: trata de superar las ideologías teóricas por el camino de un desarrollismo aconfesional. Es el paso de las ideocracias a las tecnocracias.

La Guerra Mundial no supuso directamente el fin de las ideologías de la apariencia y de la manipulación totalitarias: hasta cierto punto siguen incluso vivas en su capacidad de espejismo. Supuso sobre todo el comienzo del fin de un camino empezado muchos años antes. Supuso el comienzo del fin del desarrollo industrial moderno nacido con los últimos días del siglo XVIII.

Era ya verdad, para entonces, que las ideas están subordinadas o en dependencia con el trabajo y la economía. Pero esto no se hizo evidente del todo hasta que se rompieron todos los límites regionales o nacionales en los que hasta entonces se había ido refugiando esa industrialización. Cuando ésta salió del particularismo hasta los modelos universales comunes, entonces se vio su auténtica naturaleza: la universalización del modelo lógico de la vida, imposición del análisis como única clave de interpretación de la realidad.

Por el atrevimiento de los empresarios, por la tranquilidad social del país, por los movimientos demográficos, y por lo mucho que había por hacer, España conoció en esos años una situación de serenidad y de esfuerzo que bien pronto fueron generando un clima bien apto para el desarrollo de todo tipo de estudios superiores. El religioso entre ellos.

Apareció así una situación bien típica, que sólo con la distancia de veinte años podemos, además, calificar de extraña o incluso contradictoria.

Estábamos compaginando, de un modo más aparente que real, una progresiva empirización de la sociedad con la presentación de unos modelos culturales y religiosos fuertemente existenciales, humanistas, espirituales, etc.

Y así, sin que supiéramos bien cómo pasaban las cosas, fuimos encontrándonos con que la potentísima renovación y entrega a los ideales del Concilio producía más un abandono que una continuidad en la reflexión empezada. O encontramos que del apasionado grito existencialista surgía la impersonalidad del positivismo estructuralista.

DE LA TEORIA A LA NARRACION

En ese amplio período de veinte años (55-75) hemos ido viendo, centrándonos en lo teológico y catequístico, cómo ese proceso subterráneo entre las ideas y la realidad se plasmaba en tres sucesivas euforias. Su aparición y su hundimiento testimonian a nuestros ojos cómo aquel proceso contenía una armonía más aparente que real entre el concepto de catequesis o evangelización y la vida real.

Fue primero la euforia de la novedad. Se refería a los modelos teológicos y antropológicos. Venían éstos marcados por un talante existencial o personalista concreto. Hablaban de cansancio, salvación, realidades terrenas, ánimo, comunidad, pecado, absurdo, testimonio, compromiso, evangelización-proclamación, celebración, pueblo de Dios. A su conjuro fueron cambiando nuestras facultades religiosas y nuestro concepto de educación cristiana.

Pero la novedad desapareció en esta otra euforia: éramos muchos en la confesión del nuevo credo. Y, ya se sabe, la novedad es difícilmente compaginable con la cantidad. Desaparece casi de hecho cuando se la convierte en difusión por una razón bien simple: mientras la novedad es reducida mantiene su capacidad crítica y autocrítica; cuando se hace difusión mantiene sólo su capacidad organizativa.

Entonces, necesariamente, tenía que aparecer un tercer acento: el redentor, crítico, depurador, transformativo, social o político. Y nos subyugaron las teologías políticas y de la muerte de Dios.

En los tres casos hubo una especie de idealismo irreal, basado o hecho posible por el olvido de la real naturaleza de la circunstancia en que vivía nuestro país. Se diría que lo teológico y lo catequístico eran los últimos reductos de un modo de pensar anterior. Con el paso de los años, como siempre, se han ido haciendo las cosas más claras.

Por eso no nos atrevemos a hablar de una cuarta euforia. Porque en realidad no fueron ni siquiera tres distintas, sino sólo características de un mismo período, mientras que ahora mismo parece que estamos viviendo otro.

El signo definidor de este nuevo período es el indigenismo, la simpleza de la consideración de la vida propia de nuestra tierra. Nuestra tierra presenta ya suficientes e inequívocos rasgos de originalidad como para que sigamos mirando a modelos teóricos y organizativos lejanos a nosotros. Comprendemos así que cuanto

habíamos ido importando significaba simplemente la interpretación que otros pueblos se hacían de sí mismos en un momento dado.

En nuestro país vivimos hoy tres profundas novedades. La primera se refiere a lo social y político. Las cosas, evidentemente, han cambiado, aunque más en su intención que en su realidad misma. Hay entre nosotros un tono de discusión distinto, un nuevo aire de mercado en el que —al menos aparentemente— entran en competición diversos conceptos de vida, distintos entre sí como no había ocurrido antes. No son tiempos de competencia ni de imposición, sino de compartir manteniendo la oferta de la propia originalidad.

Se da también la novedad de los medios, es decir, de los sistemas de organización cultural: hay entre nosotros una explosión de las instalaciones al servicio de la construcción del hombre, desde las editoriales de distinto cuño hasta la proliferación de organizaciones para-educativas, nacidas de la iniciativa privada (organizaciones del ocio, del asesoramiento psicológico, etc.), pasando por la enorme difusión de las organizaciones estatales de la enseñanza. Todo ello hace que los índices de culturización vayan cambiando y, sobre todo, vayan a cambiar hasta límites no imaginados.

Por eso, finalmente, se da la novedad de la crítica, de la urgencia de proponer modelos originales para nuestra convivencia y nuestra convivencia cristiana. Esta originalidad nos obliga a interpretar desde nosotros mismos realidades tal vez desestimadas hasta hace bien poco como el cansancio de la emigración, el envejecimiento de la sociedad, el deseo naturista, la tradición de silencio, de ingenuidad y de experiencia, la comunicación no verbal ni racional, la contemplación, la paciencia.

Por eso frente a todos los momentos discursivos anteriores, nos llama hoy con fuerza un concepto biográfico o narrativo de la ciencia, de la educación, de la catequesis.

AQUI MISMO, EN NUESTRA CASA

Nuestro IPSX ha ido recorriendo esos distintos momentos a lo largo de sus veintipocos años, entre Salamanca y Madrid.

Nació justamente con la gran industrialización de nuestro país y ha tratado de servir a cuantos esfuerzos de pensamiento han ido apareciendo entre nosotros en estos tiempos. Como esos mismos esfuerzos, también nosotros hemos vivido la buena voluntad, la eficacia, la perplejidad, la sorpresa.

Hubo, tras los primeros años de tanteo y de perpejidades entre lo humanístico y lo religioso, la aparición decidida de lo teológico y lo pedagógico. Se trató de combinar ambas realidades en una síntesis todavía no programada. Sin embargo —tal vez deba esto verse así, hoy, a distancia— nunca se lo acabó de conseguir del todo.

El IPSX pretendía una síntesis —interdisciplinar que decimos ahora— a caballo entre dos facultades. Y se comenzó dependiendo directamente de Roma, con una dependencia entre distante y condescendiente. Por distante y condescendiente, esta dependencia dejó un amplio margen a la propia iniciativa del centro: fueron años de proyectos más que de realidades, por cuanto duraron poco.

Antes de que pudiera verse el primer fruto de la intención inicial, resultó que la euforia de una novedad más fuerte por lo teológico que por lo pedagógico nos fue llevando a una aproximación necesaria hacia la Facultad de teología.

Probablemente debió ser así y probablemente de no haber sido así hoy no existiría el SPX. Pero eso no quita el que a partir de esta nueva dependencia-patronazgo quedara un tanto depauperado el proyecto institucional interdisciplinar. La fórmula era ya como demasiado convencional o establecida para que se mantuviera fuerte el recuerdo fundador.

Después, las otras dos inercias, la de la cantidad y la de la crítica, hicieron tal vez más claro este corrimiento de perspectiva. Fueron años de fecundo trabajo teológico, por la difusión del pensamiento catequístico y por la acentuación del lado crítico o inconformista de cuanto en el SPX se pensaba. Nuestro trabajo fue entonces más idealista que nunca, aunque tal vez menos original.

Así, cuando también a nosotros nos afectó la crisis de personal religioso estudiante, nos fuimos encontrando con que, además del número, nos hacía crisis la identidad del centro. Fueron años duros, de nueva perplejidad, hijos de un tiempo en que nuestra Iglesia no llegaba a entender del todo bien el diálogo —interdisciplinar— entre la fe y la realidad de la cultura de los hombres.

Ha sido necesario ese largo período para que poco a poco, también ahora como fiel reflejo de los tiempos, nos fuéramos asomando a la realidad del cambio cultural.

Hoy en día tratamos de interpretar las urgencias de una educación de la fe que nunca puede alejarse del proceso de la educación a secas.

Tratamos así de interpretar la llamada de una situación peculiar, española, en la que el desarrollismo económico ha ido quedando claramente limitado en sus alcances ideológicos y pragmáticos, en la que el cristianismo se encuentra necesitado de dar con un camino propio, ni el centroeuropeo ni el hispanoamericano, en la que las instituciones de la educación deben responder a un pueblo en amplio desarrollo cultural y en aprendizaje de un nuevo modelo de convivencia social.

Hemos querido por eso limitar nuestro volumen organizativo, hemos limitado cursos buscando una especialización bien específica que permitiera —en niveles ya de licenciatura— el esfuerzo original de nuestra síntesis.

Por eso nos hemos inventado sobre todo el método.

Hemos ido dejando cuanto se pareciera más a cursos institucionalizados magisterialmente desde una concepción partidista de la ciencia para organizar nuestro trabajo en torno a centros de estudio, lo más realmente vivos posible. Creemos que en el SPX no se debe aprender tanto un contenido cuanto una actitud personal ante la realidad de nuestra tierra. Y hemos querido hacer de ese método nuestro principal contenido, más implícito que evidente, pero presente en todo.

Entender la ciencia como biografía supone cambiar el método con el que construimos nuestro saber. Estamos pasando de algo empírico, matemático, lógico, discursivo, sistemático, a otra cosa: unitaria, convivida, tan silenciosa como sonora, más contemplable que programable.

Dios dirá.